

AGUA

Había ciertos recuerdos de su infancia que todavía evocaba con una nitidez abrumadora. Especialmente aquella sensación de cuando era un niño, con apenas 5 años cumplidos, y jugaba en la plaza. De vez en cuando, sin motivo aparente, comenzaba a dejarse caer, se tumbaba con languidez a escasos centímetros del suelo, se quedaba flotando. Y poco a poco se deslizaba, adquiría velocidad, y altura, más y más, extasiado y a la vez envuelto en una profunda nube de calma y serenidad... Y muy despacio se alzaba, y se alejaba volando, lejos, muy lejos... Esta parte sí, me gusta, tengo que pasarla después al ordenador, que no se me traspapele como pasa siempre... Como niño, a menudo se autoconvencía de que en realidad poseía esa habilidad, a veces se quedaba de pie en la plaza, inmóvil, esperando a que su cuerpo comenzase a tender a la horizontalidad. Eso ha sido la puerta. Debe de ser Javi. Ahora, era consciente de que ese recuerdo era una mera evocación de un sueño recurrente de su infancia, pero su mente lo representaba con tal realismo que por momentos llegaba a soñar, ahora despierto, que realmente había habido una época en la que, aunque por algún motivo las había perdido, poseía esas cualidades extraordinarias. Y era hermoso y reconfortante creerlo así.

- ¿Qué haces?

- Escribir, ya lo sabes...- aparto la silla de la mesa, cojo a Javi en el regazo y le aparto el pelo de la cara, al tiempo que el niño me rodea el cuello con sus pequeños brazos, un gesto muy suyo, muy sencillo, pero que en mi opinión encierra esa sensación de desamparo, esa necesidad de encontrar un lugar al que asirse, donde poder decir que se siente seguro... Que lo invade. Una parte de mí no puede evitar sentirse orgulloso de ser ese asidero.

- Siempre estás escribiendo... - comenta con el ceño fruncido en un gesto de concentración. - ¿Me lo lees?

- Algún día, cuando lo acabe, lo leerás tú mismo, ¿de acuerdo?

- Me gusta más cuando me lo lees tú.

- Ya, tú prefieres ver la tele a leer, ¿no?

- ¿Puedo? – inquiera, con el rostro repentinamente iluminado.

- Sí, puedes...- respondo negando con la cabeza, y acto seguido el chico salta al suelo y se precipita al sofá, donde se adueña del mando a distancia. – Pero la comida va a estar, ¿eh? Y sabes que no me gusta que te pases el día ahí sentado - me levanto y encamino mis pasos hacia la cocina -. Sinceramente, ¿tu madre te dejaba hacer eso?

- No lo sé, no lo recuerdo. Cuando la vea se lo preguntaré.

No respondo nada. A menudo me arrepiento de algunos comentarios que hago sobre la madre de Javi. Pero es difícil tener tacto siempre, por momentos olvido la situación en la que se encuentra. De todos modos, al muchacho no parece preocuparle lo más mínimo, lo cual, a mi parecer, no deja sin embargo de ser inquietante.

Con el ruido de fondo de la televisión, me dispongo a ultimar los detalles para la comida, al tiempo que dejo volar mi pensamiento.

- ¿Te ayudo en algo? – inquiera, a mis espaldas, una voz femenina y profunda que conozco muy bien.

- Lu... No te he oído llamar a la puerta.

- No seas ridículo – responde con una sonrisa de medio lado, mientras en sus ojos claros centellea un acuoso brillo argénteo -. Parece que ha tenido un buen día hoy, ¿no es cierto?

- Sí, eso parece...- respondo mientras observo al chiquillo con infinito cariño.

- Estás empezando a implicarte demasiado...- vuelvo la cabeza hacia ella con el ceño levemente fruncido de manera inquisitiva.- Sabes que tarde o temprano se irá, no tiene sentido lo que haces.

- Pero qué dices, mujer. Si apenas lleva aquí un mes.- repongo de mal humor, centrando mi atención en la simetría de la posición de los cubiertos, fingiendo que repentinamente ese nimio detalle haya cobrado una trascendental importancia.

- Hey...- su voz, hace unos segundos tajante, cobra un tono tierno y comprensivo. Me toma por el mentón y me obliga a mirarla.- Sabes que lo digo por tu bien. Yo... Esto no es real, y tú lo sabes.

- Ah, ¿no? ¿Y qué es real, Lu?

- Es curioso que me lo preguntes precisamente a mí, ¿no crees?

- No te entiendo cuando te pones a hablar de este modo.- por algún motivo, mi comentario suscita una sonrisa en su rostro.

- No puedo ser más clara, y lo sabes...

- Yo no sé...

- Chsst. Tranquilo. Te darás cuenta a su debido tiempo. Pero tienes que ser tú quien lo comprenda.

Niego con la cabeza, incapaz de comprender las extrañas afirmaciones que a menudo hace. En el fondo, sin embargo, tengo la sensación de que una parte dentro de mí ansía comprender, incluso comprende, a qué se refiere. Con una leve sacudida de cabeza, aparto el tema de mi mente

- ¡Javi, comemos!

- ¡Vooy!

Esta mañana he dejado a Javi un poco antes en el colegio. He pedido el día libre. Me apetecía tomarme un día tranquilo, conducir lejos y sin estrés, así que prefiero emprender la conducción cuando aún hay poco tráfico en la autopista.

- ¿Pongo música?

- Por supuesto.- respondo sonriendo.

- ¿Bruce?

- ¿Quién si no?- observo su mano de delgados dedos introducir el CD en el lector, y no puedo evitar preguntarme cómo es posible que siempre estemos de acuerdo en estas cosas. Al principio pensaba que se trataba de una actitud complaciente, pero lo cierto es que ella no es así.

- ¿Bobby Jean?- no es realmente una pregunta, sino una afirmación. Evocando los acordes de la melodía en la cabeza, me doy cuenta de que, en efecto, esa era precisamente la canción que necesitaba escuchar.

- Siempre me pregunto...

- ¿Qué dice la letra?

- Sí...

- Pues... Espera, voy a ponerla desde el principio otra vez para fijarme... Bobby Jean es su amigo de siempre, que se ha ido sin decir nada... Y él lamenta no haber podido por lo menos despedirse... Y después dice que nadie podrá entenderlo como él lo entendía... Que les gustaban las mismas bandas, las mismas ropas... Que lo echará de menos... Y que espera que esté donde esté, en algún lugar, escuche su canción... No porque quiera hacerle cambiar de opinión, sino porque quiere desearle buena suerte. Y despedirse, porque lo necesitaba y lo ha dejado solo. Sobre todo eso.

- Supongo que todo el mundo necesita uno, ¿no?

- ¿Compañero? - asiento - Todo el mundo tiene uno.

- ¿Incluso los que no lo encuentran?- inquiero, sarcástico.

- Hay formas... menos ortodoxas.- responde, lanzándome una intrigante mirada significativa.

- Pero él no es de verdad, lo abandona. Preferiría no tenerlo a perderlo.

- En todo caso es lindo, ¿verdad?

- ¿Lindo? Yo más bien diría triste.

- Bueno, a menudo esos dos términos se difuminan, ¿no te parece? Por lo menos en las canciones y en las películas.

- Y en las novelas.

- Cierto... ¿Qué tal va la tuya?

- Bueno... no lo sé. Escribo fragmentos, pero voy sin rumbo fijo. No sé cómo quiero acabarla.

- Lo sabrás a su debido tiempo.- asegura con convicción.

- ¿Cómo puedes saberlo? Nunca has leído ni tan siquiera el principio...- repongo con un leve tono de reproche en la voz.

- Sé que tienes talento. Y no necesito leerla para saber lo que escribes. Tiene tanto de ti mismo como tú... O como yo.

- Claro...- murmuro, escéptico.

- Hemos llegado, ¿no?

- No te he dicho a dónde íbamos.

- Por favor...- replica con suficiencia.- Gira a la derecha, anda...- me indica, al tiempo que me observa con su sonrisa ladeada, y yo me limito a complacer su voluntad. Nos introducimos por un camino secundario, que se interna en la espesura,

hasta que poco a poco los árboles se van espaciando, y espaciando... Y comienza a oírse, cada vez más próximo, el eco del mar.

Hacía tiempo que no venía a esta playa. En realidad, es una pequeña cala, de arena un poco terrosa, recogida entre unas rocas. Lo más impresionante de ella no es la playa en sí, sino el acantilado. Está a considerables metros de distancia, pero se ve a la perfección. En mi opinión, posee un encanto casi magnético. No sé cómo se podrá llegar hasta ahí, a no ser, claro está, que se vaya nadando y se trepe por sus escarpadas paredes. Algún día quisiera llegar allí arriba, pero estoy seguro de que sería una tarea realmente ardua: no hay más que observar las fieras olas que baten con insistencia contra las rocas, levantando una espumosa neblina blanca, fresca... No sé cuánto tiempo llevo mirando con estupor su brutalidad natural y a la vez inédita, inefable.

Finalmente me acabo sentando en la arena, con la espalda recostada sobre una roca. Lucía se tumba también, usando mis piernas a modo de almohada. Le acaricio la melena negra y rizada al tiempo que contemplo sus facciones.

- ¿Qué piensas?

- No lo sé. No me apetece pensar en nada ahora mismo, ¿sabes? Tengo ganas de tumbarme aquí y no hacer nada... Creo que voy a intentar dormir un poco.- responde sonriendo. Acto seguido, se gira con la vista clavada en el mar. Su respiración no tarda en volverse lenta, pausada y sosegantemente rítmica. La contemplo unos instantes y, tras besarle el pelo con suavidad (no quisiera despertarla), alcanzo mi maletín con la mano derecha.

Extraigo con cuidado la pequeña libreta cuadriculada y la pluma. Puede parecer un arcaísmo ridículo, pero me gusta escribir con ella. Tiene una antigua distinción y

una elegancia que, de algún modo, me inspira. Como el mar. El agua, pura, limpia, sumergirse en las aguas, esa sensación de ingravidez que te da la sensación de estar alzando el vuelo... Aunque sea un mero engaño. El agua, el aire, invisible, imperceptible, como la nada...

Sólo deseaba no desear, no hallar en su vida alegría, esperanza o aliciente algunos, caminar por una senda de eterna noche, sin luz, sin color, y mimetizarse con esa oscuridad, convertirla en su lema, su filosofía. Seguir así caminando, sin rumbo, sin poder hallar la salida del tormento de la inopia de su burbuja. Abstraerse, apartarse, que nadie le importase, para así no importarle a nadie, y no sentirse culpable. Enfrascada en su profundo sueño, Lucía da un pequeño respingo. Seguir así caminando, aguardando pacientemente la roca que diese lugar a su tropiezo, y precipitarse, despacio, al vacío del oscuro pozo de su fin. Sentir que no sentía nada, que no había nada, que el mundo se había detenido mientras se arrojaba al vacío, que se hallaba en un estado vital en el que estar vivo no implica vivir, y vivir no implica estar vivo. Que todo estaba, como él, en el aire. Que no había que responder a nada, ni a nadie, porque ya nada ni nadie existían. Y entonces, tras ese bello instante de desentendimiento, romper la lámina de líquido cristal del fondo del pozo. Un espejo que no sabía qué luz reflejar, porque la luz no estaba. Un espejo que se había convertido en un agujero negro, que le llevaba, lentamente, lentamente.

Y sentir el agua helada en la punta de sus pies, entumeciendo sus dedos, sus articulaciones, su cuerpo. El agua, que le había acompañado a lo largo de toda su vida, y también lo haría ahora.

- Perdona...- murmura con suavidad Lucía, aún somnolienta, incorporándose despaciosamente.

- ¿A dónde vas?

- A bañarme.- responde con un brillo juguetón en el ojo que no está guiñando, al tiempo que lleva la mano a una de sus sandalias y se la quita de un tirón.

- Pero... Está muy fría - por su mirada deduzco que eso no va a detenerla-.
¿Trajiste bañador?

- No... ¿Acaso importa?- dicho esto, se quita el vestido, lo arroja a mi regazo y tras unas ágiles zancadas se zambulle en el agua con una técnica perfecta, para emerger cual sirena unos cuantos metros más adelante.- ¿Fría, decías?- exclama con un gorgorito irónico y desafiante. Niego con la cabeza, dejando a mis labios dibujar una sonrisa que sé que ella adivina, y vuelvo a sumergirme en mis papeles, con el mismo tesón con que ella lo hace en las invernales aguas del mes de febrero.

Y sentir el agua helada calándose en sus huesos, en su cerebro. Y tocar fondo, el agua helada cubriendo la totalidad de su cuerpo. Y entonces ver, por fin, una luz a lo lejos. Una luz que revelaba agua verde, ponzoñosa, como el veneno que su vida y cuerpo invadía, veneno que ahora con la primera acababa, y con el segundo a largo plazo lo haría, con cruel placer, con saña. Sus pulmones liberaban el aire que les quedaba, y habría sentido presión en el pecho si su cuerpo no hubiese estado tan entumecido. Con una bocanada de agua comenzó a nadar por última vez, aunque por vez primera hasta el último aliento, acercándose a esa luz verde, borrosa. Quería llegar, llegar, llegar. Y ya no sentir el agua helada, ni los pies, ni los dedos, ni los huesos, ni el cuerpo, ni el cerebro, ni nada. Ni siquiera la tristeza, esa persistente tristeza que insistente, demoledora, lo atenazaba.

Javi juega en la plaza. Me gusta traerlo aquí y sentarme en el banco de piedra mientras las horas van pasando lentamente. Además, hoy hace muy buen tiempo, se nota que ha comenzado el verano, con lo cual resulta muy agradable estar aquí fuera... Me recuerda cuando yo tenía su edad, y jugaba aquí, en este mismo sitio... Es curioso, la ciudad ha cambiado tanto en todo este tiempo que si tuviese que pensar en cómo era hace 30 años, no sería capaz de evocarlo. Pero esta plaza sigue igual que siempre. Es como si el tiempo se congelase, y yo volviese a estar ahí, jugando... El muchacho es pura vitalidad; cada vez echo más en falta su presencia en los momentos en los que no está, es como si una parte de mí se sintiese reconfortada con su presencia. Una parte muy importante.

El reloj de la plaza da las 9. Es muy tarde ya, no sé cómo se me puede haber escapado el tiempo así hoy.

- ¡Javi! – exclamo, al tiempo que me incorporo y me dirijo hacia él.

- ¿Qué?

- Es tarde, tenemos que marchar.

- Sólo un poquito más... Porfa...

- No, en serio, es tarde...- le digo, al tiempo que le tiendo una mano que él, con gesto de resignación, acaba tomando. La plaza no queda lejos de casa, así que tardamos poco en llegar. Le digo al chiquillo que vaya a ducharse y, aunque lo hace con reticencia, sube al cuarto de baño. Entonces oigo un ruido en la cocina.

¿Qué será? Lentamente, me acerco a la puerta, con sigilo. Llego al marco. La puerta está entreabierta, pero no alcanzo a distinguir lo que sucede en el interior. Parece que hay alguien... Sí, hay alguien, y está junto al fregadero. Sólo veo su hombro derecho...

- ¿Qué haces ahí parado? ¡Pasa, hombre, que no muerdo! - exclama una voz risueña desde el interior de la cocina.

- ¿Lu? Qué susto, ¿qué haces aquí?

- ¿Es que no puedo venir a visitarte? Últimamente casi no nos vemos... Y casi no escribes ya... No sé si te has dado cuenta.- el tono de reproche de su voz es apenas perceptible, pero sé reconocerlo a la perfección.

- Bueno, estoy más atareado ahora que Javi no va al colegio, ya sabes, tengo que estar pendiente de él por las tardes, y...

- Intenté advertirte hace tiempo. Ese niño te está absorbiendo... Nos está alejando... Tal vez ahora no lo veas, pero es así. Estás... Ya no... Ya no me necesitas.- sus ojos enrojecen a medida que pronuncia estas palabras, y el tono de su iris se acentúa por contraste en una combinación extraña y sobrecogedora. Me quedo callado, sin saber qué decir, sólo clavando mi mirada en la suya.

- Ya estoy, pero no encuentro mi pijama.- las palabras de Javi me hacen volverme. Está envuelto en una toalla, su pelo gotea agua y unas marquitas húmedas del tamaño de sus diminutos pies recorren el salón y se pierden en los peldaños de las escaleras.- ¿Con quién hablabas?

- Con...- me vuelvo, pero Lucía no está. Qué extraño. ¿Habrá salido al porche?- Es igual. Lo aparté con la ropa de invierno, pero te he comprado uno de verano hoy, está con las bolsas que trajimos. Ahora te lo doy.

- ¡No! Ya voy yo...- y dicho esto, se aleja dando brincos, dejando el suelo de madera repleto de huellas mojadas. Con resignación, salgo al porche en busca de Lucía, pero no está. No le doy demasiada importancia: a día de hoy, sé perfectamente que va a aparecer única y exclusivamente cuando lo considere oportuno.

- ...Y nunca más volvieron a pelearse”.

- ¿Ya está?- pregunta el muchacho, alzando la vista hacia mí.

- Claro, ¿qué más querías?

- Que... ¿me lees otro?- pregunta abriendo mucho los ojos, al mismo tiempo que aumenta la fuerza con la que se abraza a mi pecho.

- Javi. Mañana tienes clase... Ya es muy tarde, mañana te leo otro, ¿vale?

- Vale...- refunfuña el chico.- Pero mañana nos acostamos antes y me lees dos.

- Que sí, pesado.- le respondo cariñosamente, acariciándole el pelo, que aún tiene un poco húmedo debido a la ducha, e incorporándome. Lo arropo, me dirijo a la puerta, y le digo un “buenas noches” que al momento se vuelve recíproco, para acto seguido apagar la luz y cerrar tras de mí. Justo en ese momento, suena el teléfono. Aunque me incomoda recibir llamadas a estas horas, una parte de mí se alivia ligeramente porque, por lo menos, al chico no le puede haber dado tiempo a dormirse aún.

- ¿Diga?

- ...

- Sí, así es.

- ...

- Comprendo...

- ...

- Totalmente recuperada, ¿seguro?

- ...

- Claro, y querrá venir a buscarlo cuanto antes, lógico...

- ...

- Sí, sí, el niño está estupendamente, claro. Ahora está dormido, pero mañana mismo se lo digo. ¿Y cuándo vendrán a por él, exactamente?

- ...

- ¿El martes? Vaya, pero yo... Quisiera despedirme de él y...

- ...

- Sí, sí, de acogida... Lo entiendo, perdone, claro que sí. Y visitas tampoco, supongo...

- ...

- Ella no quiere... Está bien, pues... Le veré el martes, entonces. Adiós.

Me apoyo en la pared y poco a poco voy tanteando con la mano, hasta que encuentro la butaca de piel, y, aferrándome a ella, poco a poco me aproximo y me siento.

No sé cuánto tiempo llevo aquí sentado, sin hacer nada, sin decir nada. No sé qué siento ni cómo sentirlo. Sólo... estar aquí, como si el tiempo pudiese paralizarse, es lo único que necesito. Un extraño nudo se ha formado simultáneamente en mi estómago y en mi garganta, ya no sólo por la sensación de pérdida, sino por la certeza de haber hecho las cosas mal, de haberme dejado llevar por una senda que mis pasos jamás deberían haber escogido... No sé en qué momento reparo en la libreta pequeña y cuadriculada, pero acabo cogiéndola de encima de la mesilla. Su superficie está llena de polvo, no sé cuánto hace que no la uso... De modo automatizado, tomo aire y soplo con fuerza. Una nube de polvo se levanta y me hace toser, comienzo a congestionarme y, sobre todo, me lloran los ojos, me lloran de un modo desmedido para la cantidad de polvo liberado en el ambiente.

- Chsssst. Tranquilo...- una voz suave y dulce me acoge en su pecho, me abraza y reconforta poco a poco, me besa la frente.

- ¿Lu? Tú... ¿Qué haces aquí? Hace... hace tanto que...

- No te preocupes por eso. Lo importante es que ahora me necesitas, y estoy aquí, ¿verdad?- al decir esto, me dedica una amplia y cálida sonrisa. La miro. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella. Es la misma de siempre. Su pelo, sus ojos... Y ese olor fresco, quizá más que de costumbre, no lo sé, me recuerda algo que me hace, por algún motivo, sentir en paz. La beso. Sabe a sal, a mar, a agua. Es eso. Y me llama, me encanta.

- Vienes de la playa, ¿no es así?

- De nuestra cala.- asiente, sonriendo.- ¿Cuánto hace que no vuelves por ahí?

- Como si no lo supieses. Lo sabes todo sobre mí, ¿no?

- Al fin parece comprender...-murmura, o no, no lo sé, puede que no haya dicho nada, tal vez sólo lo ha pensado. Tal vez haya sido yo quien lo ha pensado, y no ella.- Vayamos.

- ¿Ahora? No... espera. El miércoles. Espera al miércoles. Entonces seré todo tuyo.

Ella sonríe, se sienta sobre mi regazo, y lentamente, me quita la libreta de las manos. La arroja lejos y me abraza.

Conduzco con la vista fija en la carretera, confuso, excitado, incongruente, nervioso, incierto, alterado... Lucía, a mi lado, acciona el botón que permite que, poco a poco, la música vaya invadiendo el automóvil. Todavía está metido el CD "Born in the USA", de Springsteen, y los acordes de "My Hometown" resuenan en mi cabeza. De pronto, se detiene.

- Demasiado deprimente.- murmura Lucía. Pulsa unas tres veces hacia atrás, para dejarse sorprender, supongo. Empieza a sonar "I'm Going Down"*¹. La para.

- Esa estaba bien, déjala.

- No. Ésa precisamente, no. – cambia de canción y empieza a sonar "No Surrender"*².- Ésta.

- ¿Por qué precisamente hoy tienes que estar en mi contra con esto?

- Necesitas que lo esté, ¿no lo comprendes? Ahora precisamente tengo que llevarte la contraria. No por ti. Por mí. Deja ésta.

- Deja la otra.

- Deja ésta.

- Deja la otra.

- Pues la otra. Está bien. Estoy contigo.- claudica con los ojos enrojecidos, su mirada se reafirma en su intensidad marina, se vuelve más bella, más magnética, y sé que trata de decirme algo, algo que, en el fondo, yo ya sé. Desde hace tiempo.

Nos miramos. Sin decir nada.

*¹ Me estoy viniendo abajo

*² No nos rindamos

Las olas del mar golpean con energía férrea las húmedas y lastimadas paredes del imponente acantilado. Abajo, en la orilla de la playa, una microscópica figura contempla el horizonte. Yo, desde lo alto de las rocas, le hago un gesto con la mano. A pesar de la distancia, puedo distinguir que se pone en pie, y me devuelve el saludo. Lleva la mano a la frente, a modo de visera.

- ¿Te vas a echar atrás en el último momento, o qué? - el sonido de su voz me llega distorsionado por el oleaje, el bramido del viento, el reverberante eco y la distancia; pero es suficiente para infundirme las fuerzas que escasean en mi interior. Sonríe con decisión. Doy unos cuantos pasos bien calculados hacia atrás y, tras unos segundos dedicados a la preparación mental, mis pies emprenden una carrera frenética que levanta partículas de polvo en torno a mis piernas, hasta que, de un modo irremediable, me precipito hacia la inmensidad del vacío que me absorbe con avidez de bestia famélica.

Toda sensación desaparece. Sólo la adrenalina invadiendo cada recoveco de mi ser, imágenes que se desdibujan en torno a mí a una velocidad incontrolable, un azote constante de viento en el rostro y el estómago que se sitúa en el pecho al tiempo que el cuerpo parece desmembrarse, abandonarse a la ingravidez, al vuelo ficticio. Entonces, frío. La humedad me invade, el traje de baño se hincha de aire, los ojos escuecen bajo el agua salada, burbujas blancas y cosquilleantes me rodean. El cuerpo se hunde poco a poco, y, también poco a poco, surge en mi mente una idea. Una idea que considero nueva, pero que a medida que se materializa me proporciona la inquietante consciencia de llevar escondida en mi subconsciente mucho tiempo: no emerger. “¿Y ahora qué?” “¿Lu?” “Claro” “¿Qué haces aquí?” “¿Es que aún no lo has entendido? Tengo que estar aquí” “Pero... Yo nunca te introduje en la historia”

“Cariño, nunca hubo historia” “Entonces...” “Una vez me preguntaste qué era real. Y no me respondiste. Porque la respuesta estaba en ti. En mí. Sí. Qué más da ahora. Es todo lo mismo, nada es real, todo es real. Qué más da. ¿Qué es real entonces? Tú, yo. Si queremos serlo. Si queremos. Si lo hemos sido alguna vez. Ya no lo sé. Tú sí; yo, no. Pero ha sido así siempre. Piénsalo. Es un juego. Una novela. ¿Y el niño? El niño. El niño es real. O no. No lo sé. No está aquí. Era una redención. Lo era. Y ahora qué. Ahora llega el final que no sabíamos escribir. ¿Así, sin más? Así, sin más. Vaya. Lo sé. Dame la mano. Por qué has venido. ¿Cómo que por qué? Vamos. No podía ser como Bobby Jean. Ni yo. Lo sé. ¿Y entonces? Esperaremos. ¿A qué? No lo sé. O sí... nosotros escribimos el final, ¿no? Si es que hay algo que escribir. Tenías razón en una cosa: eres yo. Siempre lo he sido; y hoy has acabado conmigo. No; acabamos juntos. Porque se acaba, ¿no? Sí; nunca te lo he dicho, pero... sabes a mar; a agua; a aire... Tú me hiciste así. Y pronto a nada. Tú lo has dicho. A nada. A nada...”

Owenii